

CINE Y LITERATURA

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Absurda Alicia

por Andreu Martín*

Ficha técnica

Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll.

Versión cinematográfica

Alicia en el País de las Maravillas (*Alice in Wonderland*, 1951). Dir. Clyde Geronimi. Prod. Walt Disney (EE.UU.). Disponible en vídeo.



WALT DISNEY

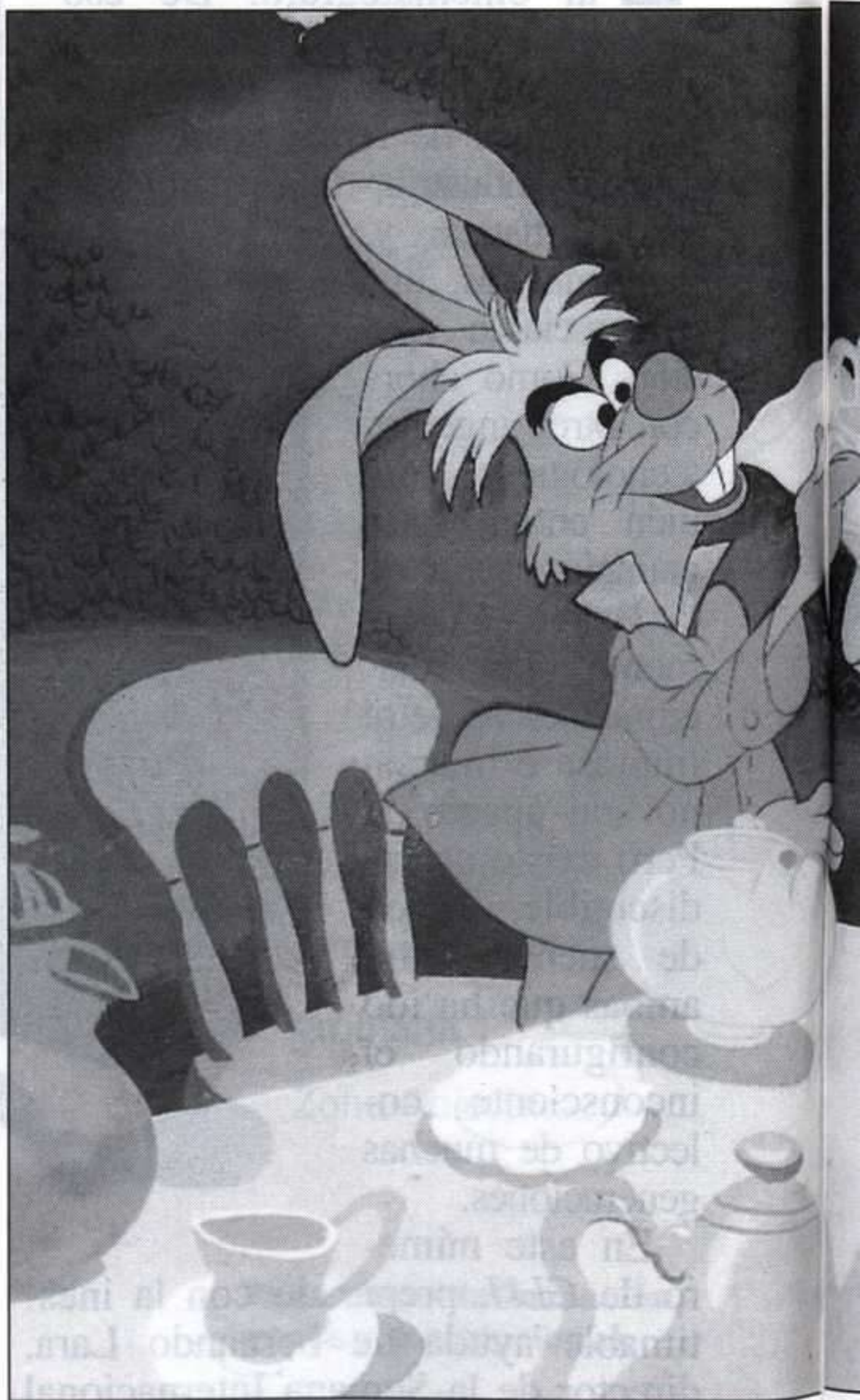
legué tarde a la lectura de Alicia. Quiero decir que no formó parte de mis placeres literarios de infancia; cuando la conocí yo contaba con bastantes más de los 10 años que tenía Alicia Liddell, la primera destinataria del relato. Creo que la primera referencia que recuerdo en mi vida del universo carrolliano fue un cuento troquelado, en el cual Humpty Dumpty, por obra y desgracia de algún plagiaro, se había transformado en «Don Huevo Pelado» («Don Huevo Pelado / a un muro subió, / don Huevo Pelado cayó y se rompió»).

Aunque tempranamente tuve oportunidad de regalarme con el humor y disfruté del absurdo (y aún lo hago), lo hice de la mano de autores más populares, más convencionales, menos agresivos que el reverendo Charles L. Dogson. La risa siempre vino de la infracción, claro está, siempre viene de ella, pero me atrevería a decir que los desaguisados del Guillermo Brown de Richmal Chrompton, o las travesuras disparatadas que describía Jardiel Poncela eran mucho más inocentes, menos rabiosos, que el discurso que nos trae la absurda Alicia.

Capacidad de fabular

Pero supongo que también mis necesidades eran distintas. En mi casa, la autoridad paterna se fijaba más en

la obediencia y el control que en el orden, la limpieza y las verdades inmutables. Mis padres (como tantos otros padres que he conocido) eran ra-



zonablemente embusteros, bromistas y traviosos, y siempre aplaudieron y fomentaron mi capacidad de fabular. Se debe a eso, sin duda, que la transgresión de la lógica despierte en mí una simpatía distante, una sonrisa benévola tal vez, pero nunca ese entusiasmo desbordado que provoca en quienes hicieron de la lógica y las verdades inmutables una especie de religión. Lewis Carroll era clérigo y matemático, y vivía en el Reino Unido victoriano, y en estas circunstancias comprendo que le produjera un placer sin medida romper corsés y entrar con un hacha en la cacharrería de los bienpensantes lógicos que se esforzaban por guardar las apariencias. Lo mismo debía de ocurrirles a Joyce, Ionesco o Beckett, formidables artistas culturales a los que yo nunca he conseguido idolatrar y que, en cambio, arrancan aplausos de fervor entre mis amigos mejor educados, los mejor



JOHN TENNIEL, LES AVENTURES D'ALICIA, BARCELONA: BARCANOVA, 1990.

hablados, los más ordenados y más limpios.

A mi hija de 4 años le hacen menos gracia las palabras pedo, pipí, caca y culo que a sus amiguitas que tienen absolutamente prohibido pronunciar semejantes palabras. En Estados Unidos, donde la propiedad privada y el automóvil son rabiosamente sagrados, causan mucha más hilaridad que en Europa las películas donde el protagonista roba y destroza coches ajenos. Bueno, pues por la misma regla de tres a mí siempre me han divertido más las maldades de Guillermo, y mucho más cuando conseguía burlar el castigo de su padre (incluso a veces sacándole algunos chelines como insólito pago a sus gamberradas), que las cadenas de travesuras que subvierten orden y lógica sin cometerse, claro está (o traicionarían su intención primera) a un argumento convencional y ordenado.

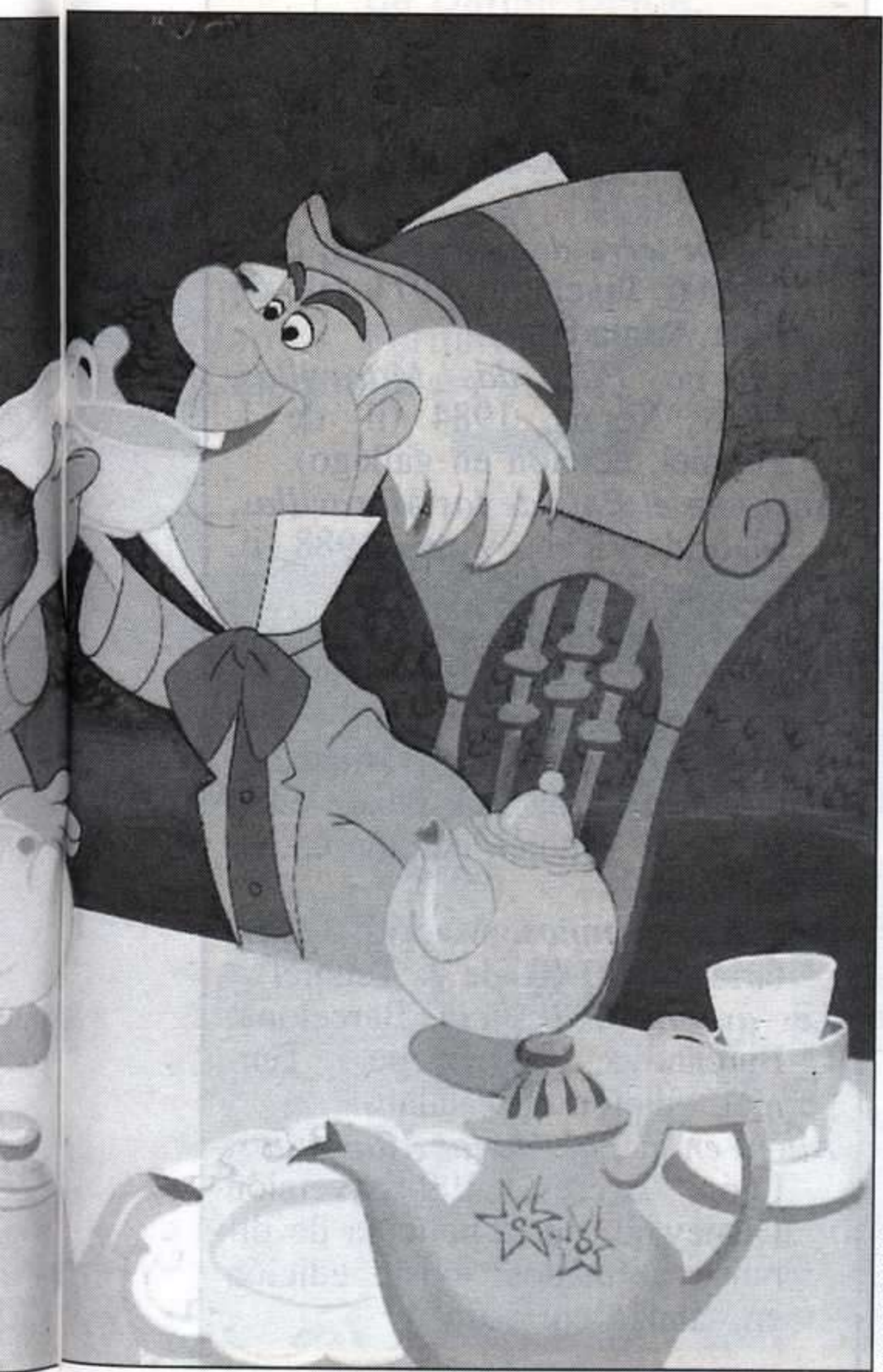
Transgresión de la lógica

Disfrutar del humor, como a mí me gusta disfrutar, significa deleitarse con el absurdo, con la transgresión de la lógica, pero, para entendernos, siempre he tenido más afecto por el absurdo con planteamiento, nudo y de-

senlace de un Jardiel o de un Wodehouse o de un Tom Sharpe.

Todo esto para decir que siempre había mirado a *Alicia* de lejos, como una curiosa, ingeniosa y bien escrita sarta de dislates que no iba conmigo (ayudó no poco a esta percepción la docta versión que cayó en mis manos y aún conservo: traducción de erudito que conseguía trincar todo sentido del humor con gran cantidad de notas al pie e inacabables explicaciones para descubrirnos la gracia de los chistes; especie de guía de lectura para escuelas incluida en un libro que pretende fomentar la lectura sin guías ni escuelas), hasta que vi (y ustedes perdonen mi osadía) la versión que de ella hizo Walt Disney.

Prescindiendo de alguna secuencia añadida (por ejemplo, aquella donde Alicia lamenta ser tan mala y tan desobediente y haberse ido de casa; secuencia prescindible que, sin duda, hubiera provocado las náuseas de Carroll y de Alicia Liddell), defiendiendo que el equipo Disney le hizo un gran favor a la obra de Carroll. Es verdad que simplifica algo extremadamente más complejo y que prescinde de imágenes y escenas emblemáticas y que, por tanto, ofrece una perspectiva empobrecida del original literario, pero eso no es extraño: toda traduc-



WALT DISNEY



WALT DISNEY, ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS. LEÓN: EVEREST, 1994.

ción de la literatura al cine traiciona la obra original, es sabido. Pero también es notorio que toda buena película añade vitalidad, entusiasmo y sentimientos nuevos a la vitalidad, el entusiasmo y los sentimientos privados que nosotros aportamos a la obra en la intimidad.

Alicia era una obra que requería imágenes, y lo prueba el hecho de que es prácticamente impensable una edición de la obra de Carroll sin las infaltables ilustraciones de John Tenniel. La película de Disney puso en movimiento a esas ilustraciones (los dibujos animados están manifiestamente inspirados en los originales de Ten-

niel), un movimiento y unos diálogos trepidantes que, en ocasiones (véase la secuencia de la Liebre de Marzo y el Sombrero Loco), se pueden comparar a las mejores secuencias de los Hermanos Marx. Disney (o su equipo) movió a los personajes de Carroll y los hizo bailar, aportando al disparate original una excelente banda musical. Y el resultado es algo nuevo, algo distinto, algo incomparable (como debe ser toda película respecto a su original literario), pero que a mí me facilitó una nueva lectura, más rica y entusiasta, del clásico.

Y, saltándome las farragosas pedanterías del erudito, moví mejor en mi

fantasía a los personajes enloquecidos, los hice hablar de otra forma y los vi bailar como estoy seguro de que al mismo reverendo Dogson le hubiera gustado verlos bailar. ■

* **Andreu Martín** es escritor.

Otras versiones

—*Alicia en el País de las Maravillas / Alice in Wonderland* (EE.UU., 1933), dir. Norman Z. McLeod.

—*Alice in Wonderland* (Gran Bretaña, 1950), dir. Dallas Bower.

—*Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas / Alice's adventures in Wonderland* (Gran Bretaña, 1972), dir. William Sterling.

Bibliografía (selección)

Alicia en terre de maravelles, Barcelona: Juventud, 1971 (il. de Lola Anglada).

Alicia no País das Maravillas, Vigo: Xerais, 1984 (il. de J. Tenniel, edición en gallego).

Alicia en el País de las Maravillas, Madrid: Vicens Vives, 1988 (il. de Carol Owen).

Aliceren abenturak lurralde miresgarrian, Pamplona: Pamiela, 1989 (edición en vasco).

Alicia nel País de les Maravies, Gijón: Llibros del Pexe, 1989 (il. de J. Tenniel, edición en asturiano).

Alicia para niños, Madrid: Libertarias, 1990 (il. de J. Tenniel).

Les aventures d'Alicia, Barcelona: Barcanova, 1990 (il. de J. Tenniel, edición en catalán).

Alicia en el País de las Maravillas, León: Everest, 1994 (versión Disney, il. de la película de dibujos animados, existe edición en catalán en Cadí).